

lejos de nosotros; porque si pueblos hay que se dejan arrancar de las manos la luz, hay otros que la ahogan ellos mismos debajo de sus piés." (*De la democracia en América*, tomo II, capítulo X).

Con sentimiento me separo de tan interesante materia, y prometiéndome desplegarla á la primera ocasion favorable, concluyo de esta rápida esposicion, que el reproche hecho á la Iglesia de ser enemiga de las luces, es de tal modo inconcebible, y la fortuna que ha tenido esta paradoja durante cien años es de tal manera prodigiosa, que solo puede esplicarse por un oscurecimiento de estas mismas luces, que las tinieblas ya no comprendieron jamas.

~~~~~

#### CAPITULO IV

##### DEL PROTESTANTISMO CON RESPECTO A LAS COSTUMBRES.

Una *sociedad que produce Santos*, ha dicho Bossuet, *tiene ya en sí un sello infalible de regeneracion*. Esta expresion es un rasgo sublime de buen sentido y de genio.

El Catolicismo ha siempre producido, produce y producirá siempre Santos, y tiene de ellos una multitud innumerable.

El Protestantismo, que se ha presentado como el reformador del Cristianismo, no podrá presentar uno solo. —Hay en el Protestantismo almas honradas, bellas almas, almas cristianas, dignas de estimacion, y algunas veces de admiracion, á las cuales la naturaleza, y la fe educan hasta un punto muy elevado de belleza moral; pero, ademas de que tales almas no tanto son protestantes como cristianas, jamas llegan á lo que se llama *la santidad*.

Ya me parece oír quien se levanta para impugnarme

y me dice:—Vos prejuizgais mal al Protestantismo; ¿qué sabeis vos de él? El Protestantismo no canoniza sus santos, no hace ruido con ellos, es verdad; pero ¿se ha de concluir de aquí que no los contiene en su gremio? No puede mostrárnoslos, ni se manifiestan ellos por sí mismos, tambien es cierto; pero la misma humildad, y por consiguiente, lo profundo de su santidad, nos los oculta á nuestras miradas. Dios solo los conoce, y son mas grandes aun delante de él, por lo mismo que quedan perdidos á los ojos de los hombres.

Convengo en que la humildad es la condicion esencial de la santidad, por lo cual esta debe hallarse oculta y como enterrada, y por consiguiente, desconocida á los hombres. Una cosa observo, sin embargo; y es que los Santos católicos son humildes, muy humildes, incontestablemente, y que no obstante son conocidos, muy conocidos, y tanto mas conocidos; y que en ellos se cumple á la letra la palabra de Jesucristo: *Qui se humiliat exaltabitur*. Así, por ejemplo, ¿qué mas humilde que San Vicente de Paul, que San Francisco de Sales, que Santa Genoveva, que Santa Brígida, que San Vicente Ferrer, que San Juan de la Cruz, que San Luis, que Santo Tomás de Aquino, que San Bernardo, etc.; que todos nuestros Santos, en una palabra, y qué hay de mas conocido? ¿Es porque la Iglesia los ha canonizado, y por esto los ha dado á conocer? De ninguna manera; porque su juicio en esta parte es siempre precedido del de los pueblos, y no le da sino sobre su testimonio, y por decirlo así, á su aclamacion.

¿Cómo seria, pues, repito, que los santos del Protestantismo, si el Protestantismo los tuviese, no fuesen igualmente conocidos, toda vez que la humildad no es una razon que lo explique?

La palabra del enigma se halla en esta observacion: que si la humildad es una condicion de la santidad, hay

otra virtud que lo es tambien; virtud tanto mas brillante, cuanto la humildad, que es su fundamento, es mas profunda; virtud, por consiguiente, que descubre la humildad, y que prueba su existencia descubriéndola. Esta virtud es la caridad, la caridad esencialmente activa, operadora, bienhechora, conquistadora, cuya propiedad es á la vez encerrar mucha humildad, pues no es posible darse y consagrarse á los demas sin desasirse de sí propio, sin dejar de pensar en sí, y revelar esta humildad en la misma proporcion; porque nadie puede sacrificarse al bien ajeno, aliviar las miserias, fundar obras buenas, derramar el bien, regenerar el mundo, sin que el mundo lo sepa, sin que conserve su sello, sin que proclame su beneficio.

El Protestantismo, pues, no tiene santos, á pesar de que su pretension de *Reforma* le obligaba á darlos en mayor número que el Catolicismo.

Como no tiene santos, tampoco tiene obras, buenas obras, obras de aquellas que influyen sobre las costumbres, que las preservan, que las reparan, que las elevan purificándolas, y que operan la verdadera civilizacion. El Catolicismo tiene una multitud de estas obras, tan numerosas, tan diversas, tan incesantes, tan renovadas y tan activas como la depravacion y la miseria. Mas el Protestantismo, fuerza es repetirlo, está desprovisto de ellas.

¿Y qué no se me venga aquí á oponer algunos ejemplos particulares, algunas felices tentativas! Todo lo concederé, todo lo alabaré, aplaudiré todo el bien que se hace en el Protestantismo y que en él se debe hacer, gracias al Cristianismo y al pundoonor; pero despues de esta concesion de casos particulares, apelaré sin temor á la vista del conjunto y á la comparacion general del Catolicismo y del Protestantismo sobre este punto; y digo que el resultado de esta comparacion es negativo para el Protestantismo.

Muchas razones hay para probarlo; pero en tan rápida ojeada no podemos enunciar sino las principales.

Ante todo, el Protestantismo está casado; lo cual hace que es infécundo. El celibato religioso es la grande condicion de la paternidad y de la maternidad de las obras, de la fecundidad del bien. Figuraos á San Vicente de Paul casado. ¿Hubiera acaso dejado sus hijos propios para ir á recoger los ajenos, y ser él mismo el primero en dar el ejemplo del abandono de que queria salvar á aquellas inocentes criaturas? La sola idea repugna al buen sentido no menos que al sentido moral. Si San Vicente de Paul ha sido el padre y la providencia de los hijos abandonados por el vicio, fué porque él mismo estaba sin familia y sin hijos. Sus entrañas, que habrian estado constreñidas á una sola familia, se ensancharon y se estendieron á la humanidad; y de ellas salieron estos millares de millares de ángeles, que con mucha razon se llaman hijas suyas, las hijas de San Vicente de Paul, que continúan y perpetúan su fecundidad por su maternidad virginal.

El mismo Protestantismo reconoce esta verdad. "Grave error es, dice uno de sus mas eminentes y mas respetables órganos en un tratado espiritual sobre los deberes del santo ministerio, es un grave error el creér que la parroquia debe ir antes de la familia. Para el pastor, así como para otro hombre cualquiera, el primer interes es el de la familia. Si esto no quiere admitirse, lo mas sencillo es no casarse. ¿Cómo la caridad que se desvela por los estraños, dejará de estar solícita por los de la casa? ¿Cómo el pastor no será antes pastor de la familia?" (Vinet, *Tratado del ministerio pastoral*, pág. 191). —"Hay tiempos y situaciones, dice ademas, en que el ministro celibatario prestaria á la Iglesia servicios que el ministro casado no puede prestarle (estos tiempos y estas situaciones ¿no son continuos como el mal y la

miseria humana?) fuera del dominio religioso. Los hombres que han hecho muy grandes cosas (el sacerdote es llamado á hacer todos los dias grandes cosas) han vivido en el celibato. (Id., *ibid.* pág. 185).

Concluyamos francamente: el ser casado, el tener sus afecciones y sus pensamientos encerrados dentro del círculo de un hogar doméstico, es cerrar sus puertas á las buenas, á las grandes obras, por las cuales se obra sobre la civilizacion y sobre las costumbres.

La segunda razon por la cual el Protestantismo es impotente é infecundo, consiste en que ha muerto, ha extinguido el foco mismo del elemento del voluntario sacrificio y de la caridad, el Sacramento divino de la Eucaristía. Un Dios dándose á nosotros hasta hacerse nuestro alimento, hasta nutrirnos con su carne y con su sangre, hasta asimilarnos de este modo su divina caridad, y encender sus llamas en nuestras entrañas, ¡qué ejemplo! ¡qué móvil! ¡qué principio de heroismo y de intrepidez santa para todas las grandes empresas de la caridad! Una alma que salvar á la estremidad del mundo; la masa de las miserias humanas que consolar con una existencia endeble y delicada; muchedumbres hambrientas que alimentar con algunos restos de panes; enfermedades contagiosas que curar sin ni pensar en contraerlas; dolencias morales y mentales, horribles y asquerosas que tratar, con un candor y una delicadeza esquisitas; la humanidad entera que proveer; el mundo que abrazar y que regenerar; nada arredra, nada sorprende, nada cuesta en hecho de milagros de la caridadal que se alimenta, al que ve ese gran milagro de la Caridad misma, al que recibe todos los dias al Omnipotente. Mas, sin la creencia, sin la participacion de este grande milagro, el héroe, el santo, el poderoso en obras, no es mas que un pobre hombre mezquino, que lejos de poder elevar a los demás, no puede él mismo sostenerse. Así, el celibato religioso

no es prudente sino bajo esta condicion; y el Protestantismo, haciendo divorcio con el himeneo Eucarístico, ha hecho muy bien en permitir y recomendar el matrimonio á sus pastores; pero haciendo lo uno y lo otro, se ha abdicado de esta grande accion civilizadora.

En tercer lugar, la fe, esta fe que transporta de un punto á otro las montañas, falta al Protestantismo. Y desde luego la fe en su objeto mas vivificante, mas activo, el mas *operador*, por decirlo así; la fe en la caridad infinita de Dios, en esta caridad Eucarística, de que acabamos de hablar, el Protestantismo no la tiene; y sin ella todo lo demás de la fe queda lánguido y debilitado. El que no cree en la Cena, ¿cómo creerá en la Cruz? ¿cómo creerá en el Pesebre? El que se niega á admitir que Dios ha amado al mundo hasta alimentarle con su carne y con su sangre, está en camino de no creer; que le haya amado hasta entregar su carne y derramar su sangre para su salud: en camino de no creer que haya tomado esta carne y esta sangre en el seno de la Virgen madre; en camino de no creer nada, porque todo lo que creería no seria menos increíble. Mas sobre todo, la fe en el Protestantismo nada tiene de colectivo ni de inmutable; es enteramente individual, y por esto mismo undulante y diversa. De aquí tanta incertidumbre, tanta vaguedad, tantas flotantes diversidades, tantas variaciones en las confesiones protestantes. Estas divisiones, estas variaciones, este defecto de unidad y de concentracion de la fe, le quita toda la fuerza del conjunto, todo punto de apoyo real para obrar, para producir buenas obras. El Católico obra no solo con su propia fe, sino tambien con la fe de toda la Iglesia en su universalidad y en su perpetuidad, con la fe de los Mártires de la primitiva Iglesia, así como con la fe de los Mártires que espiran á estas horas por esta fe en las estremidades del mundo. Una comunión, una asociacion de fe, cuya base cubre

todos los tiempos y todos los lugares, y tiene arraigados sus fundamentos en toda la tierra y en todos los siglos, mas aun, en el cielo y en la eternidad, y obra en cada uno con las fuerzas de todos, una tal fe es realmente invencible. El Protestante, al contrario, no puede apoyarse sobre un solo protestante, no puede ahondarse sobre sí mismo; su fe no es mas que un móvil humo de opinion individual: ¿qué obras grandes podrá inspirarle?

Pero mucho mas hay aun: no solamente esta fe, tal cual es no puede producir buenas obras, sino que, segun la doctrina fundamental del Protestantismo, no tiene necesidad de inquietarse para producir alguna; ¿qué digo? parece aun autorizar las malas. Todo el Protestantismo, tan dividido sobre la verdad, está concorde y unánime sobre este error, que el hombre está fatalmente predestinado á la salud ó á la condenacion, sin que las obras, buenas ó malas, puedan cambiar su destino; y que la fe sola, sin las obras, basta para la justificacion y para la salud eterna. Nada exagero. “Ensenase, dice la confesion de Augsbourg, que los hombres no pueden ser justificados delante de Dios por sus esfuerzos, sus méritos ó sus obras, sino gratuitamente, á causa del Cristo y por la fe, *con tal que* crean que son acogidos en gracia, y que sus pecados les son remitidos á causa de Cristo, el cual ha satisfecho con su muerte por nuestros pecados.” (Art. iv, de *Justificatione*).

De donde Lutero, el primer padre de esta doctrina, concluyó: “Sé pecador, y peca fuertemente; pero mas fuertemente ten fe y gozo en Cristo, que es vencedor del pecado, de la muerte y del mundo. Hemos de pecar mientras en él nos hallamos; pero basta que reconozcamos, por las riquezas de la gloria de Dios, al Cordero que lleva los pecados del mundo. Por él el pecado no podrá perdernos, aun cuando mil y mil veces cada dia nos entregásemos á la fornicacion y al homicidio....”

*Esto peccator, et pecca fortiter: sed fortius fide et gaude in Christo, qui victor est peccati, mortis et mundi.—Peccandum est, quamdiu hic sumus.—Sufficit quod agnovimus per divitias Dei Agnum qui tollit peccata mundi: ab hoc non avellet nos peccatum, etiamsi millies, milliaes, uno die, fornicemur aut occidamus.* (Lutheri epist. a Joh. Aurifabro, coll. Jen, 1556, in 4º, tomo I, pág. 545).

Tan horrible delirio no es peculiar á Lutero: de él participan Zuinglio y Calvino, y si es posible, lo refuerzan. Segun Lutero, en efecto, Dios tolera y permite el crimen; segun Calvino, lo *necesita* y se lo *apropia*: nos escita á él, nos quita la capacidad de evitarlo, él mismo lo comete en nosotros y por nosotros. “Satanás mismo, dice Calvino, cuando nos empuja interiormente al mal, tampoco es otra cosa que el *ministro de Dios*, pues que sin el imperio que Dios le dá, no lo haria.” *Satan autem ipse, qui intus efficaciter agit, ita est ejus minister, ut non nisi ejus imperis agat.* Y hasta encuentra un ejemplo para justificar su doctrina: “Absalon, dice, manchando por el incesto el lecho paternal, comete un crimen detestable; y sin embargo, Dios hace esta accion suya.” *Absalon incesto coitu patris torum polluens, detestabile scelus perpetrat: Deus tamen hoc opus suum esse pronuntiat, etc.* (Coment. sobre la Epist. á los Romanos, IX, 18). De lo cual Teodoro de Beza, el mas famoso de los discípulos de Calvino, saca este fundamento de la doctrina reformada: “Que Dios hace todas las cosas segun su consejo definido, hasta aquellas, es á saber, que son malas y execrables.” (*Esposicion de la fe*, cap. II, concl. 1).

Felizmente el corazon del hombre vale mas que su pensamiento, y que, gracias al sentido moral cristiano que el Catolicismo ha conservado en el mundo, los Protestantes valen mas que el Protestantismo. Pero aun-

cuando tan horrible doctrina no hallase los corazones asaz degenerados para convertirse en aplicacion social, fuerza es confesar que los predisponia á ella, no fuese sino por el mero hecho de dispensar de las buenas obras, ó simplemente no prescribiéndolas.

Diríase que el Protestantismo, viendo su impotencia para reformar la sociedad, quiso erigir esta impotencia misma como reforma, y deformar la doctrina sobre las costumbres, en vez de reformar las costumbres sobre la doctrina.

Los hechos vienen á confirmar este juicio. La Reforma reventó por todos los puntos por una inundacion de licencia.

Una reforma en la disciplina de la Iglesia se dejaba sentir en aquella época. Las costumbres del clero, participando siempre hasta cierto grado de las costumbres generales de la sociedad, de que forma parte, habian degenerado, como esta, hasta el escándalo. Pero lo muy digno de notarse es, que nunca habia habido mas reclamaciones y protestas contra estas costumbres; nunca se habian visto tantos llamamientos á una reforma, como los que partieron en aquella época del seno de la Iglesia. La Iglesia no ha dejado á sus enemigos el cuidado de acusarla; aun diré mas, de calumniarla; ella ha sido la primera en acusarse, en calumniarse, en atacar, con una violencia á que no han igualado aquellos, los vicios de sus miembros. Ni aun el lenguaje de Lutero alcanza en fuerza y energía al de San Vicente Ferrer, al de San Bernardo, al de Santa Brígida, al de una multitud de Santos ilustres, reputados tales y canonizados por la Iglesia, precisamente por haber usado de este lenguaje de censura y de reforma de costumbres, apoyándolo con la santidad de su vida. El vivo sentimiento de esta necesidad y su espresion resuenan por todas partes en la

Iglesia. ¡*La Reforma en la Iglesia y en sus miembros!* tal era el grito que salía de todas las bocas de la Iglesia; y si este grito acusaba á la Iglesia, la honraba mas aun de lo que la acusaba, pues que la mostraba impaciente del mal, y dominada por el celo de su reforma.

Mas, como habia dos géneros de reformadores, los Bernardos y los Luteros, hubo tambien dos géneros de Reformas.

La una, que tomando las costumbres desde el punto á que habian descendido, las hizo remontar desde la avidez á la abnegacion mas sublime, de la incontinencia á la mas virginal pureza, de la insubordinacion á la obediencia mas humilde, de la violencia á la mas caritativa dulzura, en una palabra, de todas las relajaciones, á todos los sacrificios, y de todos los vicios á las mas eminentes virtudes: tal fué el magnífico espectáculo que dió la Iglesia.

La otra, que tomando las costumbres en el punto mismo de relajacion, en vez de estrechar el freno, abandonó la rienda, y para hacer cesar la violacion de la ley, quitó la ley; que reformó las costumbres, desencadenándolas, legitimándolas, precipitando el mismo desorden; que reformó la avidez por el pillaje de los bienes eclesiásticos; la incontinencia del clero y de los conventos, por el matrimonio de los sacerdotes y los monjes; la insubordinacion y el relajamiento de la jerarquía eclesiástica, por la emancipacion y la revuelta; el enervamiento de la unidad, por la violenta division de las sectas, y el de la fe por el libre exámen: tal fué la reforma protestante, tales fueron las causas que la hicieron acoger por todas partes, el absoluto rompimiento de todos los lazos morales.

Zuinglio hablaba por todos los reformados, cuando vino á decir francamente al obispo de Constancia:—“Vuestra Grandeza conoce la vida vergonzosa que has-

ta ahora ¡ay! hemos llevado con las mujeres, y que ha escandalizado y pervertido á mas de uno. Nosotros pedimos por consiguiente (pues sabemos por esperiencia que no podemos llevar una vida casta y pura, no habiéndonosla Dios concedido), que no se nos prohiba el matrimonio. Sentimos en nosotros, como San Pablo, el aguijon de la carne: esto nos pone en peligro, etc., etc.” (*Alzog. Hist. de la Iglesia*, tomo III, pág. 400).

Así es como comprendia y verificaba la reforma el Protestantismo.

En esta senda, y con semejante móvil, muy lejos se podia ir. Una vez sentado este principio de reforma, no habia desorden á que no abriese él mismo la puerta á otros mucho mayores desórdenes. Así, la violacion organizada del celibato eclesiástico no debia limitarse al matrimonio; y deshonorado este en aquellos á quienes era permitido por la participacion de aquellos á quienes estaba vedado, debió hallarse, por la misma razon, libre de las santas leyes que lo constituyen: Si la incontinencia en el celibato eclesiástico autoriza el matrimonio, la incontinencia en el matrimonio debia autorizar el divorcio, asi como la incontinencia en el divorcio debia autorizar la poligamia. En todas las cosas las malas inclinaciones debian tambien legitimarse por sus excesos; y siguiendo esta pendiente, debia por fin llegarse á aquella completa reforma anunciada en estos términos por Fourier: “No es verdad que Dios haya criado la mas bella de las pasiones para reprimirla, comprimirla, oprimirla al sabor de los legisladores, de los moralistas, y de los pachas: Dios ha criado al hombre para las costumbres fanerogramas.” (*Tratado de la Asociacion*, pág. 399).

Sígase la línea lógica del espíritu que animaba á Lutero, dice el Sr. Buchez, y de concesion en concesion, se llegará á la concesion universal publicada por tantos reveladores contemporáneos, y que es la consecuencia

práctica del Panteísmo. Los reformadores del siglo décimo sexto pretendieron que el matrimonio era el único remedio contra el desenfreno de los clérigos. Hoy escriben los Panteístas: La fidelidad conyugal es imposible: ¿quereis impedir el adulterio? abolid el matrimonio, é instituid la promiscuidad: ¿quereis que no haya mal? negad y destruid el bien." (*Hist. parlamentaria de la Revolucion francesa*, t. XXIX, pág. 3).

Así es como la primera Reforma conducia, por una sucesion de reformas lógicas, á la Reforma final que suprime toda moral y toda sociedad.

Ya por sí sola avanzó muchos pasos en la via que conduce á este fin. Así, despues de haber abierto á la incontinencia de los clérigos la puerta del matrimonio, abrió á la incontinencia del matrimonio la puerta del divorcio. La Reforma es la que introdujo en la Cristianidad el divorcio; el divorcio, que atacando la union del nudo conyugal, disuelve la familia, que produce los disgustos y las discordias domésticas por el aliciente del cambio y del rompimiento, que fomenta y favorece el adulterio por la esperanza de su legitimacion, y que turba, corrompe y seca la mas viva fuente de la civilizacion.

La Iglesia ha sufrido cien veces la furia de las mas brutales pasiones, antes que ceder sobre este punto, y sobre un punto mas secreto, no menos atentatorio á la santidad del matrimonio: y gracias á Dios ha llevado siempre la ventaja; sin lo cual la civilizacion hubiera abortado en la barbarie. Mas, si ella ha salido con victoria, es porque ella misma ha sido la primera en dar en la persona de sus ministros el ejemplo de la continencia absoluta, de la castidad misma, y por este ejemplo sublime ha salvado el principio de la castidad en sus diversas aplicaciones secundarias é inferiores. La castidad en el celibato eclesiástico inspira y tiene el de-

recho de mandar la castidad en el celibato láico y en el matrimonio, que es tambien un celibato relativamente á toda otra mujer que no sea la legítima, y relativamente á esta aun en ciertos casos. Por la razon misma, la violacion del celibato religioso absoluto debia arrastrar la violacion del celibato relativo del matrimonio.

Sabido es por cuán criminales infamias la facultad del divorcio fué inaugurada en el rey de Inglaterra Enrique VIII, y que esta fué junto con el pillaje de los bienes eclesiásticos, la brecha por la cual penetró el Protestantismo en *la isla de las Santos*. La Iglesia, que en aquel momento tan grande interes tenia en contemporizar con Enrique VIII, pues que, despues de la pérdida de la Alemania, veía escapársele la Inglaterra; entonces, que bastaba para retenerla con una sola palabra, con un *sí* puesto al pié del acta de divorcio de Enrique VIII con Catalina de Aragon, y que esta palabra podria ir encubierta bajo el especioso pretesto de la nulidad de matrimonio, siendo Catalina hermana política de Enrique, rehusó santamente el consentimiento, y por medio de esta heróica negacion salvó el primer principio moral de la civilizacion moderna.

Añadamos tambien, para gloria del Catolicismo, que el mas grande hombre y el mas íntegro, tanto como el mas amable de Inglaterra, en aquel tiempo, que reunia las calidades de hombre de Estado á las de sabio, de literato y de cristiano, Tomas Moro, pagó con su cabeza, como San Juan Bautista, el *Non licet* que tuvo el glorioso valor de dirigir á aquel nuevo Herodes.

"Yo desearia, por respeto hácia los consejos de mi país, dice Fitz-William, no hablar del débil motivo que produjo el grande suceso de la Reforma en Inglaterra; pero es demasiado conocido para que se le pase en silencio con una apariencia de afectacion: tal es la pasion ilegítima de Enrique por Ana de Boleyn. Si la pasion

y el capricho no hubiesen tenido parte en la disposición de este monarca, hubiera conservado sus amistosas relaciones con la Santa Sede; el título de *Defensor de la fe*, que se había adquirido por sus escritos, se le hubiera debido hasta el fin, y sus sucesores habrían podido llevarle, sin que hubiese venido á convertirse, como en el día sucede, en un objeto irrisorio, tanto por el donador como por la dádiva. Mas EL PASAR DE LA IGLESIA A UNA SECTA SE HACE CON HARTA FRECUENCIA POR EL CAMINO DE LOS VICIOS, Y EL PASAR DE UNA SECTA A LA IGLESIA SE HACE SIEMPRE POR EL CAMINO DE LAS VIRTUDES." (Fitz-William, pág. 113).

Estas últimas palabras encierran una admirable verdad: ellas reasumen toda la historia de la Reforma, y reciben casi tantas confirmaciones como casos hay de su experiencia. Puede altamente apelarse á esta prueba, sobre la cual yo no sé concebir cómo haya un hombre honrado protestante que no abra los ojos.

Tampo ignora nadie hasta qué punto llevó Enrique VIII la licencia, cuyo camino le había abierto la Reforma, y que continuó en allanárselo. Despues de haber repudiado á Catalina de Aragon para satisfacer su pasión con Ana de Boleyn, hizo decapitar á esta cuatro años despues, so pretesto de adulterio, y casó sucesivamente con Juana Seimour, que murió de sobrepardo; Ana de Cléves, á la cual repudió por fea; Catalina Howard, á la cual condenó á muerte por el mismo motivo ó pretesto que Ana de Boleyn; y en fin, Catalina Parr, que le sobrevivió. Preciso es bajar otra vez á la decrepitud del Paganismo, á las monstruosidades impúdicas y sanguinarias de un Calígula ó de un Neron, para encontrar algo que se acerque á este prelude de la Reforma en el seno de la Cristiandad.

Y que se nos oponga á la conducta de Enrique VIII la de ciertos soberanos católicos; porque la conducta de

estos ha sido siempre condenada por la Iglesia, que no ha dejado de conservar sobre su cabeza la regla inflexible de las costumbres, mientras que la Reforma ha legitimado la conducta de Enrique VIII, y Enrique VIII ha sido él mismo un Reformador que se ha aplicado el beneficio de la Reforma. Y aquí está el punto importante.

El divorcio, ó la poligamia sucesiva, no debía satisfacer las pasiones emancipadas por la Reforma. El matrimonio, aun con la facilidad del divorcio, imponia tambien, como hemos dicho, un celibato relativo, y algunas veces absoluto; y siguiendo su principio una vez sentado, de que la continencia en el celibato religioso autoriza el matrimonio, y la incontinencia en el matrimonio el divorcio, la Reforma no debía parar hasta admitir que la incontinencia en el matrimonio, aun con la facilidad del divorcio, autoriza la poligamia.

La secta protestante de los Anabaptistas profesó altamente y practicó indefinidamente la poligamia. Juan de Leyde, uno de sus gefes, tenia veinte mugeres. Loca estravagancia, se dirá, que no debe tomar por su cuenta la Reforma. Veámoslo, sin embargo.

El landgrave Felipe de Hesse, el mas ardiente y el mas poderoso defensor de la Reforma, partiendo desde luego de este principio fundamental del Protestantismo, que la fe sola justifica y priva de que los pecados sean imputados, y aun mas, que la predestinacion los necesita, habia creído poder permitirse, aunque casado, vivir en concubinage con otra mujer á mas de la legítima, la virtuosa Catalina, que le habia hecho padre de ocho hijos. Con todo, acabó por tener remordimientos; y para hacerse autorizar canónicamente para este concubinage, ó mas bien para hacerlo erigir en matrimonio, cumulativamente con el que le unia con su mujer legítima, se dirigió á la Reforma en sus tres principales jefes, Bucer,



Lutero y Melancton. Su vigorosa constitucion, les decia; y sus frecuentes asistencias en las dietas del Imperio y de sus Estados, en donde se vivia á sus anchuras, no le permitian estar solo; y con todo, no podia llevar allí á la Princesa su mujer con todo el tren dispendioso de la corte. ¿No podia, desde entonces, á mas de esta, casarse tambien con margarita Shal, doncella de honor de su hermana Elisabeth, y tener de este modo una segunda mujer de repuesto? . . . Los tres reformadores examinaron el caso, y examinaron este doble matrimonio, á fin, lleva la decision, firmada por lós tres eminentes autores y seis otros teólogos de Hesse, *de proveer así á la salud de su cuerpo y de su alma, como tambien á la gloria de Dios.* (Véanse las piezas originales citadas por Bossuet *Hist. de las Variaciones*).

Este acto de la Reforma no era solamente un acto de cobarde condescendencia hácia un soberano que la ayudaba con el poder de su brazo, sino que era con toda realidad la espresion de su doctrina. Encontramos tambien esta doctrina de la poligamia muy libremente enseñada en el Comentario de Lutero sobre el Génesis. (tomo IV, Jen. germ., f. 103, a.), así como en su carta de 13 de enero de 1523 á Jorge Bruck, canceller del duque de Sajonia Weimar, que, descontento de su mujer, deseaba tomar otra. Dirigióse para esto á Lutero, el cual le respondió por este oráculo verdaderamente délfico: "Me es imposible, en virtud de la Escritura santa, el prohibir á cualquiera que sea el tomar muchas mujeres á un tiempo; mas no quisiera yo ser el primero en introducir esta laudable costumbre entre los cristianos." (N. 572, tomo II, pág. 459. Indicado en *la Suecia y la Santa Sede*, por Augusto Theiner, tomo I, pág. 209).

Algo de peor que la poligamia se lee fijado en este pasaje de los escritos de Lutero, que una pluma pagana hubiera rehusado escribir, y que una pluma cristiana no

puede reproducir sino purificándose con la intencion de servir á la verdad. . . . "Si la mujer legítima rehusa, viene la sirviente; . . . si esta no quiere, procura una Ester, y envia á pasear á la Vasthi, como hizo el rey Asuero."

No es tomado este pasaje de sus *Conversaciones de mesa*, á las que no descendemos; lo es sí de su *Tratado de la vida conyugal*, en la edicion de Iena, pág. 11, fól. 168.

En fin, la mas brutal promiscuidad hubiera sido predicada por Lutero, si hemos de dar crédito á la carta que le escribia en 1526 el piadoso duque Jorge de Sajonia, y que transcribe Surio en sus *Comentarios*, pág. 150, y refieren Sleiden y otros. . . . "¿En cuál época Witemberg, se dice en esta enérgica protesta, se ha visto poblado de tantos monjes secularizados, y de religiosas mundanas? ¿En qué época las mujeres se han visto arrebatadas de sus maridos para ser dadas á otros, como tu Evangelio permite? ¿En qué época se han cometido tantos adulterios como despues que tú te has atrevido á escribir: *Cuando una mujer no puede ser fecundada por su marido, preciso es que vaya á encontrar otro para que le haga hijos, que el marido estará obligado á alimentar, y lo mismo podrá hacer el marido en igual caso?*"

La Reforma parecia no tener mas objeto que hacer un crimen de la castidad y de la continencia, y de permitirlo todo, de alentar á todo, antes que el pudor y la virtud. Así, segun Lutero, no habia solamente periniso, sino obligacion en romper los votos de este género: todos sus escritos son una continua excitacion á la emancipacion de la carne, á la libre satisfaccion de los sentidos; y despues de haber fulminado sus anatemas contra la continencia en el celibato, ni aun le permite el refugiarse en el matrimonio. Esta union santa no es tal